



Cartas

Cultura de ideas versus cultura de creencias

El mundo occidental se encuentra abocado a una larga guerra contra lo que denomina «terrorismo». Es una confrontación, en el fondo, de dos tipos de culturas, en la que Occidente va a encontrarse con enormes dificultades, no ya porque luche contra un enemigo invisible, y multiplicado en cientos, quizá miles de grupúsculos, sino porque se enfrenta a una cultura de creencias.

Decía Ortega que «las ideas se tienen, en las creencias se está». El mundo occidental, en el mejor de los casos, tiene «ideas». El mundo al que ahora se opone, el mundo del islamismo fundamentalista/terrorista, se basa en creencias.

Las ideas, aunque tengan claridad y distinción cartesiana, no constituyen un asidero más que para la mente. Las ideas son, en el fondo, constructos que sirven para interpretar el mundo, o para manipularlo. Pero no tienen la capacidad de suscitar adhesiones firmes e incondicionales; de hecho, nadie se deja matar por una idea. (Cuando esto sucede, la idea ya no es idea, sino algo más firme: creencia). Las ideas son un valor intelectual, pero no moral.

Por el contrario, las creencias constituyen un sustrato —*Grund und Boden*—, en el que los seres humanos se asientan sólidamente: quien «está» en una creencia, firmemente convencido de ella, tiene una considerable ventaja sobre quien sólo «tiene» ideas.

Éste es, en sus grandes líneas, el marco en el que se desarrolla la confrontación actual. Occidente, es decir, Estados Unidos y cuantos apoyan su política, se enfrenta a un difuso mundo islámico, que es un mundo básicamente creyente.

¿Es que en el mundo occidental no hay creencias? Sí, pero débiles. Si entendemos por «creencias», fundamentalmente, las religiosas, el mundo occidental es más laico que religioso. Incluso, entre la «progresía intelectual» sobre todo, es de buen tono el «agnosticismo», y hasta el «ateísmo»; cualquier cosa menos dar a entender que se cree en algún tipo de religión. Existe entre las clases medias —no excesivamente cultivadas— una mayoría de «creyentes tibios», que cumplen con los rituales, pero que no ponen en práctica sus creencias; y un número mucho menor de «creyentes firmes» —repartidos entre cualquier clase social o nivel intelectual— e incluso de «creyentes fanáticos» o «fundamentalistas». Occidente, en fin, no se caracteriza por la firmeza de sus creencias religiosas, porque ha sucumbido a un modo de vida —el *American way of life*— que se basa, más que en un sistema de creencias, en un sistema de «ideas».

Se puede argüir que este sistema de ideas occidental, que es el que inspira los idearios de las democracias civilizadas, es lo bastante firme y coherente como para suscitar adhesiones inquebrantables. El ideario de estas democracias gira en torno al concepto de «libertad» —libertades democráticas—, por cuya perdurabilidad vale la pena luchar. (De hecho, la actual operación represora del terrorismo se titula «Libertad duradera», que ha sustituido al de «Justicia Infinita», quizá porque resultaba excesivo, —la justicia Infinita es patrimonio divino—, quizá porque la idea de «justicia» tampoco sea el más caro valor de las democracias). Pero la idea de «libertad» —directamente relacionada con el liberalismo económico— no es suficiente; el liberalismo, el ca-

pitalismo, la globalización, la sociedad del bienestar, son valores todos ellos basados en la economía. El sistema de ideas que fundamenta el modo de vida de las democracias occidentales es un pensamiento débil, posmoderno, *light*. Un mundo cuyo supremo valor es la economía es un mundo que fomenta el individualismo y la insolidaridad; es un mundo de «ganadores» —los que hacen dinero— y de «perdedores» —los que no lo consiguen—.

En esta cultura de «ideas», se habla del «peligro» que entrañan las religiones, porque pueden conducir a actitudes «fanáticas». Se insiste en la conveniencia de erradicar estas religiones —sobre todo como materia a enseñar, si no es en el ámbito de las respectivas iglesias— y se reivindica una ética «racional», sin tener en cuenta que las «ideas» éticas no tienen nunca la fuerza motriz que tienen las creencias firmes.

Frente al pensamiento débil de Occidente, el mundo al que ahora se enfrenta —el del islamismo fundamentalista, en el que se ha producido el terrorismo— es un mundo, una cultura de creencias firmes.

El mundo occidental mira con desprecio —ahora con horror— a este mundo de creyentes, sobre todo de creyentes fanatizados. Pero no se puede olvidar nunca que el fanatismo, esto es, la defensa exaltada e intolerante de una creencia, no es más que una especie de un género: creencia. Todo lo pervertida que se quiera, pero creencia al fin. Lo que cuenta, en definitiva, es el sustrato de creencias del mundo islámico, mucho más fuerte, unitario y motivador, que el endeble sistema de ideas occidental y, desde luego, que su feble sistema de creencias.

El Islam ha calado de modo inmenso, mayoritario, en una

gran masa de fieles. Como el primitivo Cristianismo, el Islam es ahora una religión para grandes masas oprimidas, una doctrina de salvación, que promete un paraíso a aquellos que luchan por defenderlo e implantarlo. Que sea patrimonio de pueblos incultos, hambrientos, medievales, no resta nada a su fuerza motriz, sino que la aumenta. Las «bases» del terrorismo fundamentalista están constituidas por hombres capaces de dar su vida por sus creencias, incluso de autoinmolarse. Para Occidente esto es algo inexplicable y bárbaro; pero Occidente debe tener plena conciencia de que no basta con descalificar al fanatismo, sino que hay que contar con él como un ingrediente básico de la actual contienda.

Lo más probable es que, entre los líderes del fundamentalismo, existan creyentes sinceros, pero también cínicos y ateos, al menos lo bastante escépticos como para practicar esta doble moral. No de otro modo se entiende que los Talibán se lucren con la venta de drogas —sólo en Afganistán se produce el 75% del opio mundial—, que permitan el hambre y la miseria de sus súbditos-esclavos, y que traten a las mujeres de modo infrahumano. Pero estas minorías directoras, tengan o no creencias, cuentan con una enorme población de creyentes manipulables. Quizá, desde no se sabe que afán de poder, o que proyecto de sociedad, intenten acabar con la cultura occidental para tener a su disposición un mundo perpetuamente sumiso e islamizado.

El hecho, sin embargo, es que Occidente está empeñado en una confrontación con un mundo medieval, de creyentes, de fanáticos y de terroristas, (cuyas «fronteras» no es fácil establecer); y que este mundo



Cartas

primitivo, además, está apoyado en modernas tecnologías y armamentos. Se ha dicho que la actual «famélica legión» del Tercer Mundo no es base ni causa del terrorismo ni de las revueltas —*in crescendo*— contra Occidente. Puede ser, pero no es este un asunto que esté muy claro. Mientras occidente no se tome en serio terminar con el hambre y con las injusticias, de nada va a servir que intente luchar contra el terrorismo, y menos aún por medios violentos.

¿Caída de la nueva Roma?

Al margen de las manipulaciones mediáticas hay que hacer una reflexión crítico-objetiva después del 11 de septiembre (atentado de Nueva York).

Sabemos que la «nueva Roma» (EE UU), siempre ha tenido enemigos, tanto por su aparente superioridad frente al mundo como por sus incursiones bélicas a lo largo y ancho de éste; su prepotencia y arrogancia se puso de manifiesto al proclamarse «gendarme mundial», imponiendo su forma de pensar aún en contra de mayoría de los países, ejemplo reciente: la negativa a firmar el protocolo de Kioto, tan importante para la humanidad.

Ha creado una forma de vida propia de los antiguos Imperios (ostentación y derroche sin límites), un nivel vetado para la mayoría de los habitantes de la Tierra (imposible de extender a todos por las limitaciones naturales de sus recursos), iconos de la misma, las Torres desaparecidas... entre otros...

Una implantación de los derechos más elementales, libertad, igualdad y justicia a su medida, un ejemplo: la pobla-

ción reclusa, de color, en su mayoría... incluso los medios de comunicación —otrora defensores de la ciudadanía— se han convertido en bestias de la manipulación al servicio de este último régimen *antihumano, antisocial y antinatural*, como es el (*capitalismo totalitario*), si bien el atentado abrió brecha en los poderes económico y militar de éste régimen, no tardará mucho en hacer lo mismo con el llamado «cuarto poder» (medios de manipulación) ya que ha quedado demostrada la vulnerabilidad de éste.

JOSÉ MARÍA BENAVENTE
Madrid

Ha sido un puñado de hombres —con las «armas» más elementales— quienes han reventado la burbuja-sociedad de plástico, provocando una psicosis permanente en la población de difícil solución a corto plazo... pero si esta estrategia vino del fundamentalismo islámico, también es cierto que podría haber venido de los miles de millones de excluidos sociales que este sistema ha generado a nivel global desde que comenzó... de ahí el fenómeno de la «globaliza-

ción reclusa, de color, en su mayoría... incluso los medios de comunicación —otrora defensores de la ciudadanía— se han convertido en bestias de la manipulación al servicio de este último régimen *antihumano, antisocial y antinatural*, como es el (*capitalismo totalitario*), si bien el atentado abrió brecha en los poderes económico y militar de éste régimen, no tardará mucho en hacer lo mismo con el llamado «cuarto poder» (medios de manipulación) ya que ha quedado demostrada la vulnerabilidad de éste.

Dolor y silencio

La interpretación de los sucesos del 11 de septiembre ha levantado una nube de palabras que ocultan el horror que nos produce suceso tan atroz; de modo que un suceso de tal magnitud queda difuminado, primero, por las mismas imágenes que nos lo acercan y nos lo hacen increíble, pero imágenes al fin, en el diario espectáculo de la televisión; y después, por el destilado de las interpretaciones ideológicas, que lejos de todo sentimiento espontáneo, levantan palabras en las que las víctimas pasan a ser objeto de mercadeo. Así las repugnantes palabras de la señora diputada «se lo tenían merecido» o las del teólogo famoso «en parte nos lo merecemos»; aquéllas referidas a Norteamérica y a su papel en el mundo; las del teólogo referidas a la cultura occidental.

Late en esas interpretaciones el poso del resentimiento contra los Estados Unidos y, en general, contra la cultura occidental como causantes de los males sufridos por el resto del mundo; de modo que todos los males que sufran los que disfrutan de la cultura occidental «se los tienen merecidos», y, ya puestos en esa dirección, la culpabilización de una nación o de una cultura hace que sus víctimas acaben siendo culpables.

La herencia de los totalismos del siglo xx nos ha dejado —como dice José Jiménez Lozano— la visión de los hombres a través de la etiqueta que les pone la ideología y no su humanidad; la racionaliza-

ción hace ver que el asesinato en masa, como el de Nueva York, es una necesidad histórica y una revancha merecida y hasta la ocasión para hacer justicia a los ofendidos del mundo entero; y nuestro dolor, por tanto, nos lo tendríamos merecido.

Cuando uno quiere hablar ante sucesos de tal magnitud, ¿no hay nada que decir!; la razón no puede meter la cuchara ideológica para sacar tajadas ensangrentadas. El mal, la «condensación de maldad» de que hablaba Julián Marías, impone el dolor y el silencio. Ese «misterio de iniquidad», que es el mal, nos deja horrorizados. ¿Qué decir, pues, ante las imágenes del 11 de septiembre, las del asesinato terrorista o las de un soldado descuartizado en la cuneta de la carretera hacia Kabul? Ante esos sucesos no hay interpretaciones que valgan; sólo nos queda el silencio; pues el espanto nos deja sin palabras; a menos que las palabras sirvan para juegos malabares con los muertos y para concluir que la víctimas no eran inocentes.

Si nos queda un poco de compasión, un poco de humanidad para reconocer de nuevo que todos los hombres son personas, no podemos hacer otra cosa que quedarnos con nuestro dolor por la víctimas; y desde el dolor y el luto, el respeto de la oración y el silencio.

DOMINGO VALLEJO
Morón de la Frontera
(Sevilla)



Cartas

ción» (sólo en su territorio, este imperio tiene 35 millones), una posibilidad que las bestias de la manipulación mediática no mencionan, pero que está ahí y tarde o temprano, en cualquier momento y de sorpresa se mostrará con toda su crudeza... superando con mucho los atentados de Nueva York... el caso Mac Veigh sólo fue un pequeño ejemplo.

La reacción al trágico suceso por parte del nuevo «César» de turno ha sido la esperada, el nuevo «Espartaco» (Ben Laden) debe ser eliminado, para ello ha amenazado a sus «cortesanos» (gobernantes y dirigentes de otros países).

Roma (EE UU) ha dado un ultimátum «o con ella o contra ella», y a estos les ha faltado tiempo para arrodillarse y movilizarse: ¿Quién diría que China y Rusia, tan acostumbradas a pisotear los derechos humanos, iban a ponerse de su parte? (evidentemente esto sólo puede hacerlo un sistema como el capitalismo), desgraciadamente nuestro país ha seguido el mismo camino, algo que no sorprende teniendo en cuenta que siempre ha sido el «papel higiénico» de este imperio.

Por otro lado hemos observado la reacción del «populacho» cuya actuación se pierde en el absurdo más profundo, desde llenar el país de «estrellas y barras», hacer galas de «recaudación para damnificados» donde los idolachos de barro del momento de la farándula y el celuloide han participado para tal fin, irónico cuando la fortuna de alguno de ellos remediarían con creces a los damnificados, ¿cabe mayor cinismo?, ¿qué adjetivo descalificativo recibe el que

unos se diviertan y lo pasen bien, para ayudar a otros que sufren? Tampoco olvidamos la fabricación en serie de la imitación del muñeco de trapo de Ben Laden, para desahogo de este «populacho», ¿no tiene todo esto un gran parecido con los circos de la antigua Roma? ...sólo que en versión moderna...

Declarar la guerra al terrorismo internacional es tan absurdo como que las regiones vasca y catalana sean países.

Los terrorismos son hijos de regímenes anti-humanos, a pesar de que muchos de ellos se disfrazan política o religiosamente y en tanto estos regímenes permanezcan, aquéllos también lo harán...

De nada sirve realizar eventos sociales como «los premios de la concordia» o hacer clubes de «apoyo a las democracias» (recientemente hecho en Madrid), cuando miles de millones de ciudadanos no saben lo que eso significa, los ocho millones de excluidos sólo en España son suficientes para que estos clubes fracasen: pasar esto por alto es sinónimo de una frágil salud mental.

El atentado ha sido un serio aviso para la reflexión y posterior cambio de un sistema inviable por más tiempo —pese a las connotaciones religiosas que quieran dársele en este caso concreto— donde miles de seres humanos son sacrificados diariamente, superando con mucho las víctimas de este suceso trágico.

Si bien los movimientos —anclados en Mayo del 68— intentaban abrir camino de forma pacífica para cambiar el régimen capitalista, ha tenido que ser un golpe de estas características el que dé un giro a esta penosa situación socio-

global, de forma que si se interpreta y reacciona con inteligencia, a la larga todos saldremos beneficiados, aunque desgraciadamente hayan sido sacrificadas tantas víctimas... ¿pero cuántas de aquellas víctimas trabajaban para un sistema que indirectamente elimina tantas vidas diariamente?

La actuación de terrorismo masivo ha puesto de manifiesto una nueva forma de lucha para hacer frente al totalitarismo capitalista; ¿quién pensaba que este atentado iba a ser el «talón de Aquiles» de éste? ¿Que pasará cuando miles de millones de excluidos sociales piensen en el terrorismo como un aliado contra un sistema que los explota, reprime y excluye socialmente...? ¿Cuántos de estos pueden convertirse en «terroristas durmientes»?... y despertar un día para actuar, sabemos que las concentraciones humanas son frecuentes... ¿un blanco fácil?, sobre todo cuando la escala de los verdaderos valores ha sido anulada en grandes capas de la población excluida.

¿Que imperio o países poderosamente equipados con la última tecnología o material bélico de nueva generación, pueden hacer frente a un enemigo de estas características donde las «armas» sean lo más sencillo que podamos pensar... donde la difuminación y la dispersión los hace difícilmente visibles?

Sólo hay una forma de garantizar una seguridad considerable, (ésta al cien por cien nunca será posible), y es la de **incluir a todos los ciudadanos del mundo en un verdadero y auténtico orden mundial, un sistema de vida social donde la inteligencia, tanto en el reparto de riquezas como de re-**

cursores naturales y respeto de los derechos humanos, sea el eje central, obviar esto es agravar una situación, ya de por sí lamentable.

Las consecuencias de unas medidas equivocadas ya se empiezan a sentir, el anormal aumento de las medidas de seguridad hace que las naciones se conviertan en Estados policiales, fácilmente transformables en dictaduras y fascismos ya ¿superados?

Otra consecuencia de este suceso son los despidos masivos, coyuntura que ha aprovechado el régimen para reajustar intereses económicos globalmente (recesiones provocadas) algo que no parece entender el populacho...

Tampoco hay que olvidar las consecuencias positivas (aunque producidas de forma trágica, también las hay): Una menor contaminación medioambiental por la reducción de los vuelos y un ahorro de combustible, así como una reducción de la excesiva movilidad geográfica... para vivir no hay que ir fin del mundo.

P.D.: al margen del artículo, desde su revista hago un llamamiento a los parados de larga duración a la desobediencia civil, rechazando los puestos de trabajo de las instituciones gubernamentales (INEM, SERREMS, etc.) hasta que seamos indemnizados como ciudadanos de derecho (yo ya he empezado).

BARTOLOMÉ MORALES

MORENO

Cubo de D. Sancho
37281 Salamanca

Parado de larga duración sin prestaciones (9 años).
Sindicato de Trabajadores
Ciudadanos del Mundo